



EDITORIAL

A partir de 1996, nuestro país ha comenzado a desarrollar un complejo y sostenido proceso de reformas. Se hacía necesario dotar a las nuevas generaciones de la oportunidad de acoger a sus niños y jóvenes en un ambiente que les permitiera desarrollar sus talentos. Al mismo tiempo, era preciso comenzar a perfilar el difícil camino del encuentro con un país imaginado, tarea que aún mantenemos inconclusa.

Nadie imaginaba entonces la envergadura de este reto y su costo para un grupo de profesionales que en los años anteriores había perdido valor y apoyo social. A diez años del inicio de este proceso, algo indica que las intervenciones no están surtiendo el efecto esperado. Distintos sectores reclaman la necesidad de una mirada que se concentre en el sector que parece más estratégico y que, sin embargo, aun se muestra como deficitario. Los informes indican que los procesos de formación inicial no han logrado modificarse de manera sustantiva. Parece existir un gran vacío de capacidades, que está teniendo importante efecto en la implementación de los procesos de cambio en las aulas.

Por primera vez se inicia un debate que emigra desde el hemiciclo de la escuela, al de las instituciones formadoras de profesores. Así, hoy intentar entender lo que ocurre en las aulas implica tratar de comprender lo que los profesores conocemos, nuestro pensamiento, la forma como nuestra profesionalidad se ha construido, obligándonos a reflexionar sobre los conocimientos en torno a los cuales se articula nuestro saber profesional.

Ana María Soto Bustamante
Profesora
Departamento de Formación Pedagógica
Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación